

REVOLUCIÓN Y REFORMA

Enrique González Rojo Arthur

En apariencia, vivimos una época histórica en que la esperanza, herida y maltrecha, se halla a punto de exhalar su último suspiro. Al parecer, el fantasma que hoy recorre el mundo es, ay, el desaliento. Los capitalistas y todos sus modernos comunicadores, ideólogos y testafierros, dan por liquidado el ideal socialista y hacen creer al pueblo, porque no dejan de influir en él, que el anhelo de emancipación y la apasionada lucha por humanizar al hombre, son propósitos contruidos con el material ilusorio de los sueños, que se han quedado para siempre ubicados en el pretérito. ¿Esta impresión corresponderá a la realidad? ¿Vivimos en un mundo huérfano de utopías? ¿Se hallará globalizado el pesimismo?

Hace ciento cincuenta y cuatro años se publicó el Manifiesto del Partido Comunista.

Los autores de este documento histórico, tan decisivo e influyente, examinan críticamente el sistema capitalista en ascenso y, aunque no dejan de destacar los elementos progresivos que lo acompañaron en su proceso de realización, poniendo de relieve sus limitaciones y el enlizado negro de atrocidades inherentes a su naturaleza.

El diagnóstico de este capitalismo todavía incipiente, pero vigoroso y pujante, lleva a sus autores al convencimiento de que, para sus víctimas -que rápidamente van conformando la mayoría de la sociedad- no existe otra salida que la revolución, una revolución realizada fundamentalmente por los que, con ella, no tienen otra cosa que perder sino sus cadenas y a quienes se abre así el promisorio mundo de la emancipación.

Ha corrido mucha agua, en verdad, desde que salió a la luz pública el Manifiesto. El capitalismo no sólo no ha sido eliminado, sino que, con algunas excepciones, está en todas partes. Este sistema inhumano e irracional, que nació en Europa, y hace apenas un puñado de siglos, se ha adueñado del mundo, se ha entronizado en los cinco continentes, se ha revelado como el sistema con mayor poder de conquista que registra la historia humana. Pero en este proceso de expansión, el sistema capitalista está lejos de haberse sacudido el conjunto de caracteres -como la explotación, el dominio imperial, las guerras, la miseria-



*Colonos en trabajos de autoconstrucción,
foto por Arturo López Cándido*

que ineludiblemente forman parte de su esencia. Es un capitalismo corregido y aumentado. Que ha sufrido cambios, es innegable. Que en algunos aspectos se ha diferenciado de su forma de pensar, sentir y actuar, como lo hace el viejo con el joven que fue, es un hecho palpable. Pero sigue siendo el mismo y sus manos continúan manchadas de sangre. La salida no puede ser, por consiguiente, sino la misma que preconizaba el Manifiesto: la revolución.

Pero antes de mostrar cómo concebimos esta última, y de subrayar las diferencias, si es que existen, con la forma en que la inteligían los socialistas decimonónicos, creemos conveniente aclarar el título del escrito presente. De la misma manera que Marx y Engels (en vísperas del conjunto de revoluciones que, en 1848, estallaron en varias de las ciudades europeas) decidieron llevar a cabo un examen crítico del régimen sociopolítico imperante, mostrar sus leyes de tendencia y analizar las posibilidades de su desaparición -con el surgimiento histórico de su sepulturero: el proletariado-, creemos necesario hacer otro tanto respecto al modo de producción que existe hoy en día. Necesitamos un Nuevo Manifiesto que analice la verdadera fase superior del capitalismo -que es la globalización-,

estudie su situación actual y sus leyes de tendencia, recapacite si el capitalismo en proceso de mundialización del presente está creando o no su sepulturero y si es posible y conveniente volver a pensar en una revolución que trascienda la formación capitalista.

Existe la idea muy extendida de que toda revolución tiene que ser forzosamente violenta. Ante este lugar común, resulta adecuado hacer una diferencia entre la revolución en cuanto tal y los medios para acceder a ella. La revolución es el cambio de sistema, el tránsito de un modo de producción y de vida a otro, y los medios para alcanzar ese fin son violentos o pacíficos, hablando desde el punto de vista de la posibilidad abstracta. Se puede estar de acuerdo tal vez en la necesidad de que, viviendo en el capitalismo, surja una revolución que nos conduzca a la otra orilla: a un mundo donde se inicie el complejo proceso de la desenajenación. Se puede estar de acuerdo en esto; pero las diferencias hacen acto de presencia tan pronto nos preguntamos: ¿cuál de las dos vías, la pacífica o la violenta, es el camino posible para dar con la tierra promisa de la emancipación? La vía pacífica no puede ser. Los intereses creados y el cerco inexpugnable que tienden en torno al poder, se oponen a ello. El régimen republicano dice tener un dispositivo -el electoral- por medio del cual se expresa la voluntad popular, y que, si fuera el caso, el deseo popular de trascender el régimen capitalista podría hacer uso de ese instrumento y dar a luz, en y por los comicios, el proceso revolucionario de cambio de sistema. Pero en todo esto hay un cálculo bien definido: quienes acuden a las urnas están perfectamente adoctrinados por el smog ideológico predominante para no pedir o exigir nada que se instale en el más allá de la economía de mercado, la heterogestión organizativa y la reproducción del capital. La ideología hegemónica no puede ser sino la de la clase que ejerce, con el poder, dicha hegemonía. Quienes escapan de la regla de la manipulación no son sino excepciones que confirman el papel predominante de la regla. ¿El tránsito pacífico hacia un régimen postcapitalista se han echando mano de una educación alternativa? La educación masiva requiere de recursos económicos que tienen que provenir del Estado, y este último no puede, simplemente no puede, financiar una práctica educativa nacional contrapuesta -como sería el caso de una educación anticapitalista- a los intereses económico-sociales del aparato político-administrativo dominante.

La vía violenta tampoco resulta viable. Es cierto que la historia demuestra que la mayor parte de los cambios de régimen significativos, han tenido a la violencia como una de sus protagonistas principales.

Pero todos ellos no han implicado, con inclusión de los regímenes llamados socialistas, el tránsito de un modo de explotación económica y dominación política a otro sin estas características. Ahora nos planteamos la cuestión en diferentes términos: ¿la revolución que lleve del sistema del salariado, la explotación y la dominación al socialismo libertario -y no de un sistema de explotación a otro- ha de ser forzosamente violenta? Aunque no hay una experiencia al respecto -porque un socialismo autogestionario no ha sido creado ni por medio de la vía pacífica ni mediante el método violento- podemos señalar nuestra convicción de que el camino de la violencia tampoco nos va abrir esa posibilidad porque la mayor parte de la sociedad -en prácticamente todas las regiones del mundo- no quiere oír hablar de una guerra civil que se proponga destruir el capitalismo por medio de las armas y porque, en el caso de que una minoría "consciente" se disponga "imponer" la "emancipación" a la sociedad, intuye que tal intento se torna en su contrario: la aparición de la descarnada política de intereses específicos y grupales, como lo demostraron las revoluciones que, prometiendo la emancipación del trabajo, gestaron el totalitarismo de la tecnoburocracia.

La posibilidad de la revolución se diría, pues, imposible, porque ni la vía pacífica ni la vía violenta parecen abrirnos el camino a su consecución. Esto, por lo menos, en el corto y quizás en el mediano plazo. Podemos imaginarnos, sin embargo, una posible solución al problema. Algunos socialistas la visualizaron en el pasado y tal vez resulte necesario replantearla y discutirla. Tal hipótesis podría expresarse así: la vía pacífica es preferible a la violenta, pero es posible si y sólo si se está preparado para esta última.

Esta formulación parte del supuesto de que el capital - hoy internacionalizado-no está dispuesto en ningún caso a ceder el poder pacíficamente y arranca de la convicción de que, ante la posibilidad de que el ascenso revolucionario haga peligrar su situación y estabilidad, no se tentará el corazón para emplear la fuerza y actuar de la manera dictatorial y sanguinaria que dice -pero de dientes afuera- reprobar. Aunque es evidente que el mero impulso ideal, descarnado y quijotesco, carece de puños contra la estructura material de la dominación, es posible crear poco a poco y de manera continua un contra poder, una gran fuerza -no sólo espiritual sino material- que, en su pugna por la emancipación, no siga los caminos tradicionales de una vía pacífica -carente de la infraestructura material que le permita imponerse- o, de una vía violenta -sin el imaginario que la conduzca a la aprobación consensual. Nuestra propuesta es, pues, coadyuvar a la emergencia del nuevo sujeto en lucha, del contrapoder que imponga, por obra y gracia de su materialidad, la vía pacífica.

La revolución tiene que ser diferenciada de la reforma. Mientras esta última es una modificación, supuestamente progresiva, dentro de ciertos marcos, la primera entraña un cambio de esencia. Se ha dicho que la revolución implica una radical transformación de los usos mientras que la reforma sólo pugna por evitar los abusos. ¿La revolución de que hablamos excluye la reforma? De ninguna manera, porque hay dos clases de reforma: la reforma tomada como fin y la tomada como medio. La lucha reformista dentro del capitalismo puede tener, en efecto, dos características opuestas: el reformismo conservador pretende mejorar las cosas dentro del capitalismo, siendo su resultado, independientemente de la intención con que se realice, oxigenar el ambiente donde tiene lugar la explotación del hombre por el hombre; el reformismo revolucionario, en cambio, lucha por reformas que, aunque se lleven a cabo en el capitalismo, se vinculan con o se abren a la revolución.

5



Colonos en trabajo comunitario, foto por Arturo López Cándido

La diferenciación que acabamos de hacer entre revolución y reforma, y entre reforma conservadora y reforma revolucionaria, nos lleva a la necesidad de llevar a cabo otro distinguo: entre revolución en sentido estricto y revolución en sentido amplio. La revolución en sentido estricto no es otra que la revolución en cuanto tal, esto es, la transformación radical, a partir de

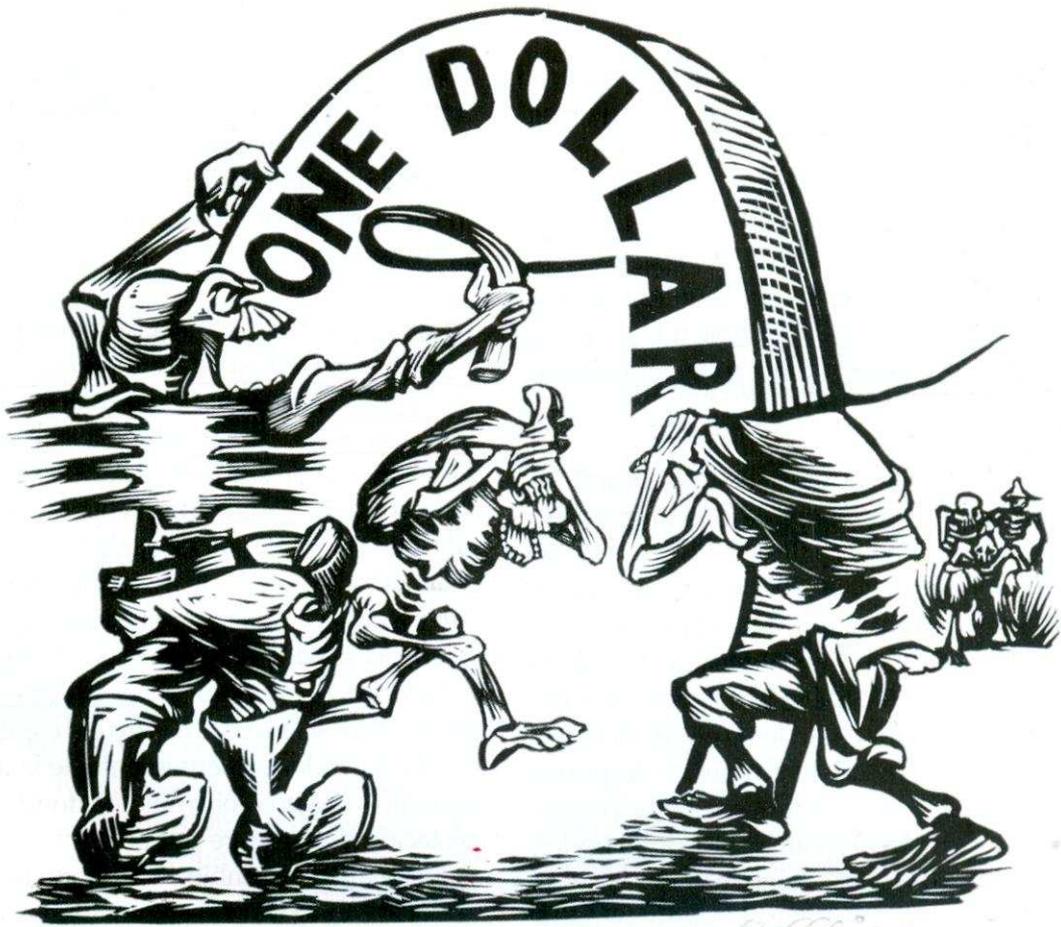
cierto momento, del régimen social. Hasta hace poco tiempo no se hablaba de revolución sino casi únicamente en este sentido. La revolución estaba fechada, encarnaba un salto cualitativo, revestía un carácter cataclísmico y dividía la historia en antes de y después del. Nosotros pensamos que puede haber un proceso revolucionario anticipativo, y no aludimos al régimen de transición abierto por la revolución en sí.

Es decir, creemos que se puede empezar la revolución (anticiparla, abrirla, gestarla) antes de la revolución. La revolución anticipativa está conformada como puede adivinarse, por el conjunto de prácticas emprendidas por el nuevo sujeto social, llevadas a cabo en el sentido de lo que llamamos reformas revolucionarias.

No sólo difieren la revolución en sentido estricto y la revolución en sentido amplio, sino que la primera no puede tener buen éxito y consolidarse sin la segunda. La revolución en sentido amplio se basa en los dos principios dialécticos siguientes: en el seno de lo viejo se genera lo nuevo y no puede haber salto cualitativo sin la debida preparación cuantitativa.

F. SOBRE EL ROMANTICISMO ECONÓMICO

Marx hablaba de tres tipos de economía que habían antecedido o eran contemporáneas a su propuesta: la clásica (Adam Smith y David Ricardo), la vulgar (Say, Bastiat, Stuart Mill) y la romántica (Sismondi). La clásica, sin dejar de expresar los intereses de la burguesía ascendente, tenía la científicidad necesaria para captar con profundidad ciertos aspectos de la realidad económica, por ejemplo, el papel preponderante del trabajo en general, como fuente del valor, en el sistema capitalista. La vulgar no era otra cosa que la apología -apenas velada por una fraseología teórico-científica- del régimen capitalista: tal es caso, verbigracia, del "armonicismo" de Juan Bautista Say -divulgador y vulgarizador de Smith- consistente en la visión optimista de que toda producción crea su consumo y de que la "mano invisible" de Smith corrige las perturbaciones generadas, en la economía concurrencial, entre la oferta y la demanda. La romántica, caracterizada por advertir clara y profundamente las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista (y hasta formular una teoría larvaria de las crisis económicas y sus ciclos); pero, incapaz de ver el proceso histórico, defensora de la fantasiosa tesis de que la solución a esos conflictos no puede hallarse sino en una vuelta al pasado, a una economía artesanal, familiar y campesina precapitalista, idealizada y abstraída de su contexto real.



Grabado por Reynaldo Olivares

En los días que corren, la economía clásica ha dejado prácticamente de existir. La burguesía ya no se encuentra en su etapa ascensional y los productos teóricos de sus ideólogos no pueden poseer ya la apertura epistémica que les permita aprehender, describir y explicar nada que se salga de la lógica del sistema al que pertenecen. La economía neoliberal y capitalista carece de toda objetividad, de toda maleabilidad científica para conocer la naturaleza de la fase superior del capitalismo. En la actualidad, no sólo el capital se halla globalizado, sino que ocurre otro tanto con la economía vulgar. La teoría económica al uso, y tendiente a la mundialización, no es en esencia sino un complejo dispositivo para justificar, extender, apuntalar, proteger, el sistema de explotación universal que atosiga y envenena a los pueblos. Si la economía dominante en los medios capitalistas es la vulgar, ideológica y apologética, la economía que más frecuentemente hace acto de presencia en el sujeto histórico -en el viejo y nuevo proletariado, en los humillados y ofendidos del planeta- es la romántica.

Por economía romántica debemos entender no sólo aquella que cree verla superación e los conflictos en la vuelta al pasado (como Sismondi y los populistas rusos) sino también la que supone que la solución de los mismos se halla en un futuro surgido al margen del presente. En este sentido los socialistas utópicos son, asimismo, representantes del romanticismo económico.

La economía romántica se manifiesta, como la literatura decimonónica, en dos grandes tendencias los románticos del pasado y los románticos del futuro.

¿Qué tienen en común estas tendencias y por qué conviene considerarlas como especies del mismo género? El común denominador de ambas consiste en su intento de reconformar el sistema productivo y la organización social al margen de la formación capitalista, creyendo poder sacarle la vuelta o haciéndolo fantasmagóricamente de lado.

Los llamados antiglobalizadores (o globalifóbicos) frecuentemente no son otra cosa, en lo que se refiere a sus opiniones económicas, que una modernización del romanticismo. Están en contra de la globalización. La creen un disparate, un camino erróneo e injusto, un enorme dislate de carácter irracional e inhumano. Son, asimismo, nostálgicos. Querrían que la historia se hubiera ido por otros derroteros o que sería bueno volver a tiempos pasados. Creen que hay que detener la globalización para retomar el buen camino.

En muchos de ellos, el romanticismo económico es el anclaje teórico de la ideología de la burguesía nacional en decadencia. Sueñan, por ejemplo, con el restablecimiento de la soberanía y el nacionalismo antimperialista. Pero la soberanía política sólo puede existir si hay soberanía económica, y en tiempos de la globalización financiera, de la división del trabajo universalizada y del capital trashumante, el régimen productivo capitalista crece, se expande y se profundiza inmolando soberanías, cotos inexpugnables, estructuraciones que responden a fases anteriores del sistema. Aunque la estrategia de la autogestión consiste más en luchar contra el capitalismo globalizado que dentro del mismo, esto es, más en la línea de buscar la aniquilación del régimen del salariado, la economía mercantil y la anarquía de la producción, que en la de obtener reformas que "perfeccionen" el sistema, la táctica de la lucha recomienda no menospreciar aquellos embates que debiliten al enemigo, fortalezcan a los revolucionarios y coadyuven a sentar progresivamente las bases para la revolución anticapitalista. El reformismo, tomado como medio y no como fin, es decir, el reformismo revolucionario no puede ver con desdén las luchas nacionalistas, económicas, culturales, etc., que conduzcan a agruparse, autogobernarse y abrir la conciencia a la necesidad de

pugnar por la desenajenación del ser humano.

Algunos globalifóbicos, que se dicen y se creen socialistas, sueñan con el advenimiento del socialismo –al cual siempre adjuntan hoy el calificativo de democrático- sin pasar por el capitalismo globalizado o, mejor, sacándole la vuelta, si esto fuera posible. Como se imaginan, al igual que tantos otros, que ese capital internacionalizado representa el valladar inexpugnable o el impedimento definitivo que prohíbe el paso al sistema socialista, o que, con su mera presencia y todo lo que implica, no deja siquiera que se tome en cuenta la posibilidad de una organización socioeconómica desenajenada, creen que no queda más camino que actuar como si dicho sistema no existiese: luchar contra él, organizarse sin tomarlo en cuenta, dar un fantasmagórico salto sobre él. Y hasta algunos llegan a creer que el fortalecimiento de la burguesía nacional -como si esto fuera posible- es el camino adecuado para dependemos del imperialismo globalizado crear las condiciones para abrirle el paso al socialismo.¹

Lo que no entienden muchos globalifóbicos, empantanados en el romanticismo económico, es qué la globalización -o la ubicuidad del capitalismo-, no es, desde hace tiempo, una mera posibilidad, sino una realidad evidente, consolidada y tan irreversible como lo es el tiempo. Lo diremos de éste modo: el socialismo no puede crearse al margen de la globalización, sino en y por ella o, para afirmarlo sin dar lugar a equívocos, sino en y por ella y contra ella.

La afirmación del carácter irreversible de la globalización capitalista, no significa darle la razón a los globalifílicos. Estos son capitalistas sin más. Con multitud de matices, intereses comunes y en veces contrapuestos, pero enemigos de los trabajadores y amigos de la economía de mercado. Los globalifílicos no sólo piensan que el capitalismo globalizado es irreversible, sino que es -como diría el Pangloss de Moliere- el mejor de los mundos posibles, imaginándolo, además, como perpetuo y por lo tanto como la expresión de la naturaleza humana. Pueden hablar y hablan de modificaciones o leyes de tendencia a corto y mediano plazo de este modo de producción, pero lo que no cabe en sus cabezas ni en su corazón es que la mundialización del capital puede ser, es necesario que sea, hay que luchar para que

¹ No nos cabe la menor duda: solamente la base de la sociedad civil -el proletariado en su sentido amplio y los humillados y ofendidos- tiene la fuerza social necesaria para defender la soberanía y la nación frente al embate imperialista. En ese sentido puede ser nacionalista. Nacionalismo que se contrapone al imperio, pero no lo hace, desde luego, con el internacionalismo del Contra-poder.

devenga, la premisa de la globalización del Contrapoder.

La única coincidencia que podemos tener con los globalifílicos, es la certidumbre de la irreversibilidad de la globalización. Pero, para nosotros, esta globalización no sólo no es la mejor de los mundos posibles o la expresión de la naturaleza humana, sino la expansión, hasta llegar a límites universales, de un sistema explotador, sanguinario, guerrerista y depredador.

El capitalismo globalizado, y las múltiples expresiones de poder que lo acompañan, no sólo está creando el proletariado universal, y los millones de humillados y ofendidos, sino, en alguna medida, las razones por las cuales los individuos, los grupos y las clases expoliadas deben organizarse para luchar contra el sistema opresor. A cada injusticia, a cada atropello, a cada arbitrariedad, en prácticamente todas las regiones del mundo, se puede, se debe o se tiene que responder o reaccionar organizándose, de lo que tanto vale, convirtiendo en tarea o tareas a realizar el combate contra esos manotazos, para decirlo con un eufemismo, del capital, y creando, por ende, la o las cesinpas adecuadas para hacerlo.

Más adelante examinaremos con detalle de dónde habrá de emanar la oposición organizada y universal al capitalismo. Una de las fuentes esenciales de ésta radica en hecho de que el capital no tiene más remedio que generar, y lo seguirá haciendo, un proletariado que abarca todos los continentes y un número incontable de individuos que directa o indirectamente encuéntrase sometidos a la acción triturante de su maquinaria. La oposición anti-capitalista mundial no podría realizarse sin esta gestación de las víctimas del capital. Pero este factor, si bien es necesario, resulta insuficiente porque se trata de algo puramente cuantitativo. El surgimiento del Contrapoder implicará no sólo este aspecto, sino el cualitativo representado por la conciencia de lucha la organización, la claridad estratégica, etc. No se puede hablar sólo de lo cuantitativo porque, si así se hiciera, daría la impresión de que el capitalismo, al dar a luz al proletariado, crearía sin más ni más su propia destrucción. Lo cual es notoriamente falso. Pero tampoco se puede desdeñar lo cuantitativo, en nombre de lo "cualitativo", como lo hacen muchos globalifóbicos, porque el proletariado (viejo y nuevo) y los humillados y ofendidos son el sustentáculo cuantitativo del sujeto histórico cualitativo.²

² La política de "desviar" o "detener" el desarrollo capitalista tiene sentido cuando genera en los luchadores, no la ilusión de humanizar el capitalismo, sino la convicción de la necesidad, en el momento oportuno de destruirlo.